

# RECUERDOS E IMPRESIONES

de un oficial inglés que vivió dos meses en Olite  
durante la guerra de la Independencia

El vino y los toros, las monjas y las damas, las costumbres y las gentes... y alguna que otra cuchillada

Por JOSE BERRUEZO

LA batalla de Vitoria obliga a los franceses a abandonar la línea del Ebro encerrándose dentro de las murallas de Pamplona. Las tropas de Wellington tienen así el paso libre por la Burunda para enlazar con las de Mina y "el Charro", que andaban picando la retaguardia napoleónica por tierras de la Ribera.

El 23 de junio, oliéndole a pólvora los faldones de la cascaca, entra en Pamplona el rey José para, a las pocas horas, salir a uña de caballo, buscando el seguro de los puertos pirenaicos. Las primeras luces del día 25 alumbran la huida de los asustados cortesanos, cuando ya en Berriozar los húsares de la guardia que manda el coronel Grant vivaquean dispuestos a dar la embestida contra la capital navarra. Formando parte de su octavo regimiento se encuentra el teniente George Woodberry, joven inglés cuya vocación militar ha sido impulsada por un estímulo religioso: luchar contra el nuevo Atila, contra el azote de Dios, Napoleón Bonaparte. Por eso, ante los muros de Pamplona, su alma se siente inflamada de los mismos entusiasmos que animaban el fervor cruzado de sus abuelos, los hombres de Ricardo Corazón de León, ante las murallas de Jerusalem. La impaciencia de George por lanzarse al asalto se ve tascada por la disciplina militar y, volviendo grupas a la ciudad sitiada, tiene que cabalgar, Carrascal abajo, hacia las tierras calientes de la Ribera.

Con veintiún años, un uniforme vistoso y un corazón sensible, el teniente Woodberry llevaba mucho adelantado para triunfar en el siglo del Romanticismo, si los ribereños del Cidacos hubiesen sido lectores de Keats y de Byron; pero cinco años de ocupación francesa les habían llevado por la calle de la amargura, dejándoles pocas ganas para divagaciones poéticas, y tampoco con la llegada de los libertadores iban a sacar la tripa de mal año; si exceptuamos el riesgo de perder la cabeza, todo lo demás —lo poco que habían dejado los gabachos— podían darlo por perdido los vecinos de Olite a donde se encaminaba con su escuadrón el bizarro teniente de húsares.

La presencia de los británicos en la antigua corte navarra era además un riesgo para las mozas y un enojo para los mozos, quienes en cuestiones de honor no hacían—y hacían bien—distingo entre los enemigos de ayer y los aliados de hoy; así un día era un soldado del 15 de Húsares cuyo cadáver aparecía con la cabeza machacada a peñazos; otro, un sargento del 8.º con el hígado cosido a navajadas... Las muertes violentas comenzaban a tomar carácter endémico, teniendo los jefes que prohibir a la tropa el paseo fuera del recinto de Olite. Todas estas violencias, cuya causa no escapa a la comprensión de Woodberry, le arrancan dolorosas imprecaciones contra el azote de la guerra. El es un caballero que ha venido a España a pelear en una Cruzada, y no le cabe en la cabeza que lo noble del empeño sea maculado por sus colegas con bajezas, truhanerías y pasiones que su cristiano y romántico corazón estaba muy lejos de albergar.

Pero hablemos de sus impresiones navarras o, mejor, dejémosle hablar con las páginas de su "Diario" (1):



"Olite—escribe el 1.º de julio de 1813—es una villa muy antigua que encierra en su recinto las más bellas ruinas de castillo e iglesia que jamás he visto. Las calles están bien pavimentadas y tiene un mercado excelente, abundante en frutos..."

El día 3 agrega: "Este país es ciertamente en más de un aspecto un paraíso comparado con Inglaterra. ¡Qué pena que no esté habitado por ingleses! Vengo a pasear por los jardines públicos que están embalsamados por el perfume de la rosa, del naranjo y del narciso." Tras cinco largos años de ocupación militar, con la constante presencia de tropas montadas, los olores de Olite no serían ciertamente aquellos tan exquisitos que acariciaron la pituitaria de Woodberry, pero nuestro joven teniente era un romántico soñador y su fantasía difuminaba la realidad adornándola con las más bellas y poéticas galas.

Posiblemente esa disposición para lo novelesco le llevó, suavizando su furente anglicanismo, a trasponer los umbrales de un recinto católico: "Frente a mi alojamiento—escribe—hay un convento con veintidós monjas; ayer tarde hablé con varias de ellas a través de un estrecho tabique de madera, y esta mañana he sido autorizado a verlas por la reja. Entre ellas hay algunas jóvenes, aunque no muy bonitas. Una, que hace treinta y dos años que está en el convento, es la más encantadora. Les he preguntado si desean ser libres, a lo que la Madre Abadesa contestó inmediatamente que no. Parece que tienen gran simpatía hacia los ingleses, y he tratado de hacerles comprender que soy un húsar y que un húsar es en Inglaterra el orgullo del bello sexo. Creo que no se han asombrado lo más mínimo"

A la mañana siguiente, Woodberry vuelve al convento, para "oír cantar a mis amigas las monjas. Su capilla es muy bella y tiene órganos (?) deliciosos. Después del servicio divino he solicitado verlas, pero la Abadesa me ha dicho que habían ido a confesarse. En nombre de todos los milagros, ¿de qué podrán acusarse?"

A los pocos días —el 16 de julio— vuelve a visitar a las monjas "que me han obsequiado con una taza de chocolate y pasteles. Me contaron que una monja se fugó, hace dos años, con un oficial francés, pero que a éste le obligaron a devolverla al convento, donde la condenaron a ser emparedada. Su suplicio duró quince días. Aun después de este espantoso relato, tengo la vanidad de creer que las jóvenes religiosas abandonarían gustosas la comunidad para seguir la suerte del 18 de Húsares..."

¿Era telépata la superiora del convento de Olite? ¿Leyó en el pensamiento de Woodberry? El caso es que veinticuatro horas después escribirá el teniente en su Diario: "Estoy muy fastidiado; he ido como de costumbre a visitar a mi

monja, pero esa vieja bruja de abadesa me dice que ha recibido orden del alcalde de prohibir la entrada de los oficiales al convento.”

Inmediatamente se declara una pugna religioso-militar y, cogido entre los dos fuegos, el buen alcalde de Olite tiene que capitular a los cinco días: triunfan los deseos del teniente, para cuyo platónico enamoramiento se abren de nuevo las puertas del convento... pero la Providencia está al quite, evitando que un heterodoxo soldado británico protagonice en el medieval escenario de la antigua corte navarra la obra que andando los años habrá de dar fama a Zorrilla. Al día siguiente, Woodberry y su amigo el capitán Kennedy, paseando a caballo por la carretera de Tafalla, se encuentran con dos bellas muchachas, echan pie a tierra, las saludan, las acompañan hasta casa donde las damiselas hacen la presentación de mamá, mamá que es Mistress Murphy, señora de origen irlandés vecindada en Olite, quien obsequia a sus paisanos con vino y pasteles y, después de



negarse, como era de rigor, accede a autorizar a los galanes la visita y el paseo con sus niñas. “Ya no me verás más suspirar en tu reja, mi bella religiosa”, escribe aquella misma noche en su Diario el teniente George, cancelando así su devaneo monacal. Cuando el teniente se dispone a poner cerco a las encantadoras hijas de la señora Murphy, el mariscal Soult trata de levantar el que Wellington había puesto a San Sebastián: las fuerzas acantonadas en Olite salen precipitadamente camino de Pamplona hacia el campo de batalla. Con ellas va Woodberry, pero de la derrota de San Marcial nada sabemos por él, pues el manuscrito de su Diario tiene una laguna de diez páginas. Lo escrito se reanuda el día 12, ya de regreso en Olite, donde su amistad con las Murphy va viento en popa. Rápidos debieron de ser los progresos de este anticipado Don Juan, porque al fulminante olvido, pues nos confiesa que su corazón comenzaba a latir más fuerte que de ordinario ante los escantos de “Doña Zacarías Nabasque” (Navascués?), dama de la buena sociedad olitense.

El día 15, fiesta de la Asunción de la Virgen, se celebra una gran procesión, y por la tarde va a Tafalla, con otros oficiales, para presenciar la toma de velo de una religiosa, ceremonia que describe minuciosamente. Por la noche nuestro oficial ofrece en su casa de Olite un baile al que concurren cuarenta y dos damas y todos los oficiales del regimiento. El Mayor Hughes ha cometido la picardía de llevar a la fiesta a una damisela cuya presencia es poco grata a las señoras, pero como se trata de una bailarina excepcional que en otro tiempo actuó en el teatro de Pamplona, pronto cesa el disgusto. La música interpreta las contradanzas que están de moda en Inglaterra y, con muy pocas lecciones, las damas acabaron bailándolas a la perfección... y así hasta la una de la madrugada. Woodberry ofreció sandwiches, pasteles y limonada, presentado todo a la manera británica. La sala estaba adornada con gran elegancia, y el baile, que abrió el anfitrión danzando con Doña Zacarías un bolero español, fué, si hemos de creer al teniente, el más bello y animado que los ingleses dieron en Olite.

Hablando en su Diario —miércoles 18 de agosto— de las mujeres españolas, dice que “tienen una costumbre que parecerá indecente a un inglés: si volvéis la espalda a una dama y ella quiere llamar vuestra atención, no os golpeará ligeramente en el hombro; empleará un procedimiento bien distinto: os dará grandes palmadas en...cierta carnosa parte. Yo mismo —afirma— he sido saludado de esa manera por una de mis bellas señoras esta mañana en la Plaza del Mercado. Todo el mundo se rió por mi gran confusión y por mi rubor, pero no por su extraña cortesía”.

La afirmación que dos días más tarde consigna también Woodberry nos hace poner en tela de juicio la anterior pin-

toresca información, pues dice que “desde mi entrada en España no he visto un solo español borracho... porque siempre echan agua al vino. Yo tengo verdadera debilidad por el vino de España y rara vez me levanto de la mesa sin haber bebido tres pintas” (más de litro y medio).

Aquella tarde, al teniente Fitzclarence le dieron en Tafalla una cuchillada; Woodberry explica así el incidente: “Con otros malos muchachos había buscado las vueltas a algunos españoles, y esa ha sido la consecuencia. La herida no es grave.” No parece afectarle mucho el percance de su amigo, ya que aquella misma noche da una fiesta: “Hubo mucha alegría en mi casa —escribe—, Kennedy, Pulsford y otros se reunieron con Zacarías, Elvirita, Fermina y las dos misses Murphy. Aquellos estaban un poco borrachos y las señoras no cesaban de gritarles “¡much drunkee!”, lo que nos prueba que las damas olitenses además de en las contradanzas progresaban también en la lengua de Shakespeare.

No les iban a la zaga los británicos en otra clase de “progreso” según se desprende de una nota de Woodberry fechada el lunes 23 de agosto: “El cabo Edwards denunció ayer al Mayor que durante la batalla de Vitoria había visto al teniente R, entregar a su hermano, que es capitán en el 20 de Infantería, tres sacos de doblones. Razona su denuncia diciendo que un oficial culpable de saqueo debe recibir el mismo castigo que el sufrido por él, pues siendo sargento lo han degradado por haberse guardado el dinero del pillaje de Vitoria. El Mayor Hughes ha convocado un tribunal para estudiar los cargos que pesan sobre R, pero como los oficiales designados son, según me consta, culpables del mismo delito, supongo que la denuncia quedará en nada.”

El 29 hubo toros en Olite: “No se habla de otra cosa —escribe nuestro teniente— que de la corrida. Todas las calles que conducen a la plaza han sido cerradas con carretas. A las dos fui al alojamiento del Dr. Quinsey, situado en la plaza, donde ya estaban varios oficiales del regimiento. Fué un gran placer contemplar desde allí a las encantadoras damas asomadas a las ventanas. Una docena de bueyes fueron encerrados en un establo. Se puso en libertad a uno y dió comienzo la fiesta. Había allí ocho o diez brutos (estúpidos) vestidos de oropel y adornados con innumerables favores (?) recibidos de las damas.

Jamás me he divertido tanto con ningún otro espectáculo. Algunos de nuestros hombres creyeron poder tomar parte en este ejercicio, pero uno de ellos fué gravemente herido. Uno de los bueyes saltó sobre una carreta llena de espectadores y lanzó a varios al aire. Por último, uno de los españoles, el más brillante de todos, fué cogido por el toro, y al pobre diablo le tuvieron que llevar a casa con la tripa abierta. Creí que este accidente pondría fin a la diversión, pero continuó como si nada hubiese pasado, hasta que uno de los toros fué muerto a duras penas y todo el mundo se marchó a casa.



El atuendo de los imbéciles que molestan a los toros se compone de chaqueta, calzón y medias de seda, pantuflas rojas, un bonito sombrero de seda adornado con plumas, y una capa roja.

Invité a comer a varios oficiales y por la tarde di un baile. Las señoras comenzaron a llegar a las siete y abrí la fiesta con Elvirita. También bailé un fandango con la encantadora Fermina. Intentamos valsar pero el vals se les resistía a las damas. Optamos por las contradanzas inglesas y ya no paramos hasta la una de la madrugada.”

El viernes, 3 de septiembre consigna: “Por fin ha caído San Sebastián. Ha sido tomada al asalto hace unos días.

Hoy he comprado por tres chelines un gran cesto de deliciosas frutas que en Inglaterra no hubiese podido adquirir por otras tantas guineas. Había pomos, duraznos, uvas ne-

gras y blancas, peras, albaricoques, manzanas y tres hermosos melones...

Un fraile ha calculado que desde que Pamplona ha sido limpiada y pavimentada se gastan al año veinte mil zapatos menos."

Sábado, 4 de septiembre: "Tenemos muchos enfermos en el hospital. Los hombres comen demasiada fruta. Yo mismo no puedo resistir la tentación. Los racimos son tan hermosos, tan maduros y tan dulces en comparación con los de Inglaterra...!"

Turner, soldado de mi Compañía, se ha pegado esta tarde un tiro, víctima de un acceso alcohólico. La bala le entró por el vientre saliéndole por la espalda. Es una herida mortal..."

Domingo, 5 de septiembre: "...He encargado a un fraile que rece cerca de Turner... Le ha leído unas preces en latín y le ha dado la extremaunción... Un oficial de los lanceros de Don Julián, el pretendiente de Zacarías, ha sido gravemente herido hace algunos días en una corrida de toros. Toreaba con el mejor estilo, cuando el animal, con un movimiento imprevisto, le lanzó al aire, abriéndole una brecha en el costado. Ya está fuera de peligro y las mujeres ríen y gritan "¡Viva!" como si nada hubiese pasado... Turner ha muerto esta tarde, siendo enterrado en la carretera cerca del convento, sin ninguna ceremonia."

Lunes, 6 de septiembre: "El invierno me dicen que comienza en esta parte de España en noviembre, y el tiempo es tan frío que los habitantes apenas salen de sus casas durante semanas enteras; muchos lobos rondan los pueblos y destruyen los ganados... Me sorprende que las noticias de los combates ante Pamplona tengan poca resonancia en Inglaterra, siendo como son más decisivos que la batalla de Vitoria."

Martes, 7 de septiembre: "Acompañado de numerosos voluntarios ha atravesado hoy Olite un gran convoy de provisiones destinadas al ejército español de Roncesvalles. Los españoles se han convertido al fin en soldados y el enemigo tendrá una recepción bien distinta si todavía trata de atravesar los Pirineos. La opinión general es que la guerra va a ser llevada al mediodía de Francia. Todos los suboficiales del regimiento parecen deseosos de abandonar el servicio; están decepcionados, ¿qué digo?, asqueados..."

El manuscrito correspondiente al año 1813 se interrumpe aquí. Pegado en él hay un recorte de prensa certificados médicos por los que sabemos que el teniente Woodberry del 18 de Húsares fué gravemente herido en la mano el 18 de diciembre en un encuentro con la caballería francesa cerca de Mendionde (Francia). Woodberry, afortunadamente, no se quedó manco; pudo seguir la campaña, asistiendo en Waterloo a la definitiva derrota de Napoleón, y seguir también escribiendo su "Diario", que cierra con una patética oración.

(1) JOURNAL DU LIEUTENANT WOBBERRY. Campagnes de Portugal et d'Espagne, de France, de Belgique et de France (1813—1815).—Traduit de l'anglais par Georges Hélie. París. Librairie Plon. 1896.



Pregón, n° 33—Navidad 1952

